

Conversaciones del VIII ENAPOL
ASUNTOS DE FAMILIA, sus enredos en la práctica
Buenos Aires • Septiembre 2017

13. Efectos de la ciencia y de las técnicas de reproducción en las familias

Responsable EBP: Marcelo Veras

Participantes: Sonia Vicente, Nora Gonçalves, Nilton Cerqueira, Mônica Hage, Luiz Felipe Monteiro, Ethel Poll, Marcelo Magnelli, Julia Jones

Introducción

Partiendo de la pregunta - Qué tipo de efectos la ciencia y sus técnicas de reproducción están trayendo a las familias hoy y de la idea que nos trae el psicoanálisis de que hoy se tiene una nueva relación con lo real del cuerpo, vemos que lo que está en cuestión no es más la ciencia que cuida y restituye los circuitos fisiológicos pre-existentes, sino la ciencia que rompe con la herencia darwiniana, y deja abierta las posibilidades de la procreación de las especies.

Como resalta Laurent,¹ en el siglo XX se hablaba de Ayuda Médica a la Procreación, en el siglo XXI se habla de Procreación Reinventada por la Medicina. Se trata, por lo tanto, de esa nueva relación con lo real del cuerpo, en donde pasamos de la “ayuda” a la “reinención”. Es decir que “no estamos más en el campo de la reproducción asistida”, más si en el tiempo “de la introducción de nuevos linajes reproductivos”, percibimos que algo del deseo de tener un hijo sucumbe a los caprichos del mercado de la reproducción. Asimismo, percibimos una de las características más marcadas del actual momento de la civilización, la ciencia crea posibilidades que, mismo cuando sean remotas, rápidamente se convierten en una exigencia imperativa. Bajo el ideal de que nada es imposible, sobre todo en los casos de esterilidad o de inviabilidad sexual, como en los casos de parejas homosexuales, todo lo que se torna posible, se convierte rápidamente en objeto de deseo. De allí estamos a un paso de un querer a cualquier precio, o incluso de un deber.

¹ Laurent, É., A crise do controle na infância.

En esta perspectiva, ¿cuáles son los nuevos significantes amos que ordenan la formación de una familia? Más allá de los secretos de alcoba, un nuevo cortejo de actores pasa a circular en torno a los milagros de la concepción. En este escenario, legisladores, abogados, científicos, biomédicos y militancias, sustituyen las tradiciones que antes eran transmitidas de padre a hijo, de madre a hija o de la iglesia a sus fieles.

Esa creencia en la autoridad de la ciencia, sin embargo, no responde a la pregunta sobre el enigma de nuestro origen. Es decir, ninguna ley científica abolirá la contingencia presente en las tramas familiares. Aunque la ciencia provea el aparato tecnocientífico para que las familias puedan ser “construidas”, permanecerá siempre un punto de real que escapa a cualquier tipo de medición.

Es allí donde lo real del psicoanálisis no se confunde con lo real de la ciencia. En cuanto lo real de la ciencia opera sobre lo que puede inscribirse en el intercambio entre los sexos, el psicoanálisis trabaja con lo que fracasa de esa operación bajo la premisa de que la relación sexual no existe. Se trata de un real que impide que dos cuerpos hablantes, cualquiera sean sus elecciones de género, se entiendan perfectamente. Cabe por lo tanto, saber hasta qué punto una pareja resiste a procedimientos tan técnicos, muchas veces caros y dolorosos, en que fácilmente el deseo se extravía por las vías del imperativo, incluso de la compulsión. Es como podemos leer la frase de Lacan “Dos que se conjugan para la reproducción, pero de un malentendido cabal que vuestro cuerpo vehiculizará con dicha reproducción”.²

En el entrecruzamiento entre simbólico y real, mucho de lo que se transmite en la familia es independiente de cómo el hijo haya sido concebido, pero no todo. Las nuevas prácticas nos pueden lanzar en el vértigo que transforma el ternario edípico en un caleidoscopio de imágenes. Ansermet, a partir de un caso real, nos muestra como podría ser el nuevo retrato de familia. Se trata de una foto feliz que él recibió de una pareja que concibió su hijo a partir de sus propias gametas, a través de una gestación realizada por otra persona, eso en California donde estos procedimientos son legales. En la foto estaba la pareja que procreó conjuntamente con el bebé y la madre en cuyo vientre el bebé desarrolló su gestación. Todo el mundo sonrío pero la familia podría haber sido mucho mayor a partir de las nuevas posibilidades tecnológicas. Podrían también estar en la foto un donador de espermias, una donadora de

² Lacan, J., *Le malentendu*. Le Séminaire 24. *Ornicar* N° 22-23. Paris: Éditions du Seuil. 1981, p. 13.

óvulos y así serían cinco padres en la foto. Pero también podría haber una donadora de útero y ya vamos por seis, e incluso los médicos especialistas en reproducción que hacen una pequeña multitud en el retrato familiar.³

Sin embargo, más allá de las sonrisas de la foto, el niño tendrá siempre que encontrarse con la opacidad del goce que habita su familia, ya que de eso no hay manera de huir. Así, cuanto mayor fuese el número de padres en la foto de familia, más personajes pueden componer la suplencia a lo que hace de agujero en la foto, la novela familiar. Con frecuencia cada vez mayor, recibimos en el consultorio personas interrogando sobre quién es el padre real donador de esperma, o quien fue el vientre de alquiler de su parto, o sea una metonimia de la pregunta sobre el origen del deseo que recorre circuitos cada vez mayores. Quiere decir que existen muchas más posibilidades para buscar el origen de la humanización del deseo, pero también muchas más posibilidades de perderse en la búsqueda. Lo que se diferencia es que si antes era la familia la que intentaba ordenar lo real del goce, en la actualidad muchas veces es lo real del goce lo que reordena la familia. Las nuevas familias se reorganizan siguiendo las derivas de lo real,⁴ de la no relación sexual y de una economía de goce que no se subordina a un significante en particular, sea el del Nombre del Padre o de cualquier otro que quiera sustituirlo. En este nuevo reordenamiento el niño ya no ocupa el lugar de los síntomas de los padres, cae como objeto a, “liberado”. [Lacan, *El seminario 16*].⁵

Esos cambios en los lazos y usos del cuerpo interesan al discurso del psicoanálisis, pues la práctica clínica analítica y sus incidencias políticas aplicadas, tal como esta que nos reúne aquí en el ENAPOL, reacciona a estas mutaciones multiformes de la familia condicionada por la práctica de la Reproducción Asistida. Esa reacción ética no es ni a favor ni en contra, no estimula su diseminación, no regla su uso, ni previene los abusos de este hecho de la ciencia como hecho social. Le cabe al analista, sin embargo, orientar su clínica hacia un saber hacer con los restos sintomáticos.

³ Ansermet, F., *La fabrication des enfants*. París: Odile Jacob. 2015, p. 12.

⁴ Bassols, M., *Famulus. Lacan XXI*. Revista de la FAPOL, p. 10.

⁵ Laurent, É., *Soc sintoma*, p. 45.

La angustia de los clínicos

Todos son afectados por las nuevas invenciones, inclusive el propio equipo. Los equipos de reproducción asistida son orientados por el ideal de que todo es posible, ese ideal sin embargo termina por velar la ambigüedad que es la propia naturaleza del deseo humano pues no siempre se quiere lo que se desea. Más allá de eso, desear estar embarazada no es lo mismo que desear ser madre, así como desear ser madre no es lo mismo que desear tener un hijo. Una mujer luego de seis años de tratamiento de esterilidad consigue finalmente embarazarse, poco tiempo después ella se ve enredada con la ley para obtener la interrupción de su embarazo. Decisiones de ésta naturaleza normalmente dejan a los equipos perplejos, ya que son en la mayoría de las veces fuertemente orientados por ideales que impiden una lectura de los impases subyacentes a una decisión tan compleja.

Nuestro grupo decidió entrevistar entonces a una especialista:

El testimonio de J, médica coordinadora de un servicio privado de reproducción asistida en la ciudad de San Pablo nos dio la oportunidad de recoger los elementos que permiten situar un campo a ser leído a partir de una biología renovada de los cuerpos hablantes. J constata que en el curso del tratamiento, suele suceder, aunque transitoriamente, momentos de inquietud, angustia o sufrimiento. Es decir, ese movimiento moviliza afectos perturbadores tanto del lado de los pacientes como de los médicos que los asisten en sus demandas. Esos acontecimientos se hacen presentes incluso cuando el resultado del procedimiento sea exitoso y los padres den señales de estar contentos.

J identifica esos rastros en casos donde pasos que antes eran seguros se convierten en una franca duda: casos donde las parejas, llenas de las mejores intenciones optaron por separarse en el curso de los procedimientos, casos donde afectos contundentes emergían sin ninguna justificación o explicaciones, para después quedar silenciados sin perjuicio del tratamiento, casos donde sólo una consulta sin recomendación técnica alguna, resultó en una concepción hasta entonces difícil e inclusive el caso de la propia J, o sea la médica, que pocas semanas después de ser entrevistada sobre sus experiencias decidió ella misma congelar sus óvulos y al iniciar estas etapas fue tomada por un llanto enigmático que le venía de repente calmado sólo por la adopción de un... perro.

Esos afectos no se ajustan muy bien en el repertorio previsto de sentimientos y argumentos, allí donde sujeto y objeto deberían articularse por la vía del conocimiento de sus relaciones, un hiato tiene lugar sorprendiendo el orden de esa relación.

La familia separada

Freud supo hacer uso de esos cortes y recortes del discurso para renovar la biología de los cuerpos, identificando en estos hechos de la lengua un factor concreto, el inconsciente, y reconociendo nuestro aparato mental como un “dispositivo destinado a dominar las excitaciones que de otro modo serían vividas como angustiosas”. La investigación freudiana sigue las huellas de los excesos del cuerpo revelando nuestros recursos para lidiar con ese *pathos* corporal. En su “Introducción del narcisismo” Freud destaca la dimensión narcisística de la economía libidinal en la reproducción de los cuerpos y alude a la raíz de esta función reparadora en la maternidad diciendo: “En el niño que generan, una parte de su propio cuerpo las confronta con un objeto extraño al cual, partiendo de su propio narcisismo, puede entonces dar un amor objetal completo”. Radicalizando la investigación de este objeto tan íntimamente extraño, la biología lacaniana identificó al objeto a, como un lugar forjado por el aparato del lenguaje, parásito que habita lo vivo del cuerpo y que tiene fines de alojar la experiencia de un cuerpo dividido en la imagen que le proviene a través del espejo. Pasar de la castración al objeto *a*, adelanta el proyecto lacaniano de prescindir del padre freudiano. Con Lacan es posible examinar la castración más allá del mito edípico. Solamente es posible pensar el mundo de las nuevas prácticas reproductivas liberados del Edipo freudiano lanzándonos en el proyecto freudiano de ir más allá del Edipo y del goce fálico que le es correlativo.

Así muchas parejas se amparan en el espejismo del bebé por venir equilibrándose en la certeza anticipada de su realización y la expectativa inestable del riesgo de que eso no acontezca cuando es esperado ni como es esperado. Es lo que nos permite afirmar que en la contemporaneidad el hijo es el padre de la familia en la medida en que su existencia reconfigura los antecesores.

El psicoanálisis lee nuestros desvaríos y deformaciones continuas de las formas familiares, las marcas de esas invenciones aceleradas del cuerpo pues, si seguimos a Lacan, “eso sirve de

escudo a las realizaciones más eficaces tanto como a las realidades más cautivantes”. Ese escudo está presente en el seno de las familias que se someten a la reproducción asistida y que se amoldan a partir de ella.

Lacan y el padre Real

En *El seminario 4* Lacan trae una noticia extraída de un periódico de América. Una mujer consagrada a una fidelidad eterna, “en los últimos momentos de vida de su marido y a punto de fallecer, hizo guardar una parte importante del líquido que le permitiría perpetuar a su voluntad la raza del difunto”.⁶ y pasó a tener cada 10 meses un hijo de él. Una Información que era sorprendente para la época. En efecto se trata aquí de un caso de inseminación artificial *avant la lettre*.

Con este caso Lacan señalaba como las técnicas de Reproducción Asistida realizan de modo directo la separación radical entre la función simbólica del “pater” y la función real del “genitor”.⁷

Lo que viene a afirmar con eso es que “la noción real de padre no se confunde en ningún caso con la de su fecundidad” y su preocupación girará en torno a saber “[...] por qué vía, bajo qué modo se inscribirá en el psiquismo del niño la palabra de lo ancestral de la cual la madre será su único representante y vehículo? ¿Cómo va a hacer ella hablar lo ancestral enlatado?” En otras palabras ¿Cómo se podrá inscribir para el sujeto la sanción de la función del padre? El sueño edípico como defensa de lo real del goce más allá de la castración, no parece ser la buena fórmula para pensar las nuevas reconfiguraciones familiares derivadas de la disociación cada vez más creciente entre los cuerpos reproductivos y las funciones de transmisión de la ley, de la transgresión y del deseo.

⁶ Lacan, J., *El seminario, libro 4. La relación de objeto*. 1995, p. 385.

⁷ Bassols, M., *Famulus, op. cit.* Bassols, M., *Famulus, op. cit.* Bassols, M., *Famulus, op. cit.* Bassols, M., *Famulus, op. cit.*

Una transmisión sin restos

A partir de lo expuesto hasta aquí podemos repensar el malestar en la cultura en el siglo XXI. Concebir el avance de la cultura a partir de la renuncia al goce se encuentra paradójicamente a contracorriente del mundo contemporáneo. Esta versión no deja de tener sus ecos en el mundo científico, ya que las nuevas técnicas no se contentan sólo con traer un hijo al mundo, sino también de depurarlo de las posibles patologías genéticas de los padres. Si antes toda pareja concebía el hijo con el sueño de tener un hijo perfecto, hoy las nuevas técnicas son un paso para reducir el efecto de contingencia de la concepción, algo que sin dudas habita el pensamiento de un mundo cada vez más tomado por la segregación donde el fantasma de eugenismo toca las puertas de un modo cada vez más fuerte nuevamente.

Aquí podemos evocar el caso Jennifer Cramblett, quien junto a su pareja iniciaron un proceso en el banco de esperma en Ohio, Estados Unidos, por haber concebido un niño moreno en una ciudad donde el 98 por ciento de la población es blanca y prejuiciosa.

Lo que se busca es la transmisión sin restos, sin defectos.

En este sentido las figuras del padre y de la madre se vuelven indistintas, una vez que la transmisión no se funda en lo imposible de la relación entre los sexos, sino exactamente en lo que ellos tienen de acuerdo posible. En el caso de Jennifer los problemas se detendrían si su hijo fuese blanco, pues lo que contraría ese deseo de perfección es una precariedad de otro orden, del encuentro del lenguaje con el cuerpo. Ese encuentro divide la propia ley del lenguaje pues hace que el sentido sea siempre perturbado por el goce del cuerpo. Así, es de estructura que una familia contenga en el centro de su transmisión el malentendido. Los ideales familiares son transmitidos, pero siempre modificados con cada generación.

Si por un lado algo de las nuevas técnicas de reproducción apuntan hacia un descarte del padre, pues rompen el anudamiento entre el padre simbólico y el padre real, el hecho de que los bebés generados sean recibidos en el mar de equívocos de la lengua convoca inmediatamente a alguna forma de amarre. No existe por lo tanto posibilidad de que la creación *ex-nihilo* de la ciencia sea pura ruptura con la posición paterna al hacer emerger al niño como un acontecimiento de lo real. Es en ese sentido que podemos leer la tesis de Lacan de que “el psicoanálisis es lo que reintroduce en la consideración científica el Nombre del

Padre”.⁸ El avance lacaniano viene justamente a separar el padre del nombre, ya que el Nombre del padre en la clínica lacaniana pasa a ser el *sinthome* y no la ley, deja de ser lo que se justifica en las tramas de lo simbólico para ser un simbólico sin sentido es decir, sin efecto de castración.

Así, el nacimiento del sujeto será siempre un acontecimiento “más Allá” del padre, una respuesta de lo real, según J.A. Miller, que sin embargo ya viene al mundo referido por el discurso que lo condiciona, por lo tanto entrelazado en una relación de filiación. Esta filiación es contingente y la contingencia es la forma ideal de reconocer que es en la pérdida que se produce la falla en el Otro donde el sujeto se va alojar. La “paternidad sin restos” saturada por los ideales de salud y determinaciones comportamentales sería en los dichos de E. Laurent,⁹ lo que dejaría al sujeto a merced de un deseo materno sin que una separación de los ideales fuese posible, una “maternidad perfecta”, que nos hace evocar el comentario de Lacan en el texto “La ciencia y la verdad” de que el “discurso de la ciencia sería capaz de producir una paranoia exitosa”.¹⁰

Ser madre en la era del útero artificial

En una época en que la ciencia aún no había interferido los cuerpos, Freud, (1908) escribió *La novela familiar del neurótico*. Él describe la fantasía de los niños en cuanto a quienes serían sus verdaderos padres, y cita allí la siguiente fórmula jurídica: “el padre es siempre incierto, la madre es certísima”.

Las biotecnologías contemporáneas de reproducción vienen permitiendo ir más allá de lo que la biología impone para la concepción de un niño, disociando totalmente la sexualidad de la procreación, así como la procreación de la gestación, dejando únicamente a las balizas simbólicas la construcción posible de una filiación.¹¹

⁸ Lacan, J., *Écrits*. Paris: Le Seuil, p. 875.

⁹ Em conferência nas Jornadas da EBP-MG: Há algo de novo nas psicoses.

¹⁰ Lacan, J., *Écrits, op. cit.*, p. 874.

¹¹ Ansermet, F., *Silicet dos Nomes do Pai*.

Los avances de la medicina sobrepasaron los límites de los cuerpos organizados biológicamente, introduciendo la incerteza, donde hasta entonces solo había certeza. El padre, así, puede volverse certísimo, según la técnica de inyección intracitoplasmática de espermatozoides, y la madre puede tornarse cada vez más incierta, ya que la gravidez y el parto no implican más la maternidad.

La ciencia médica con sus búsquedas e investigaciones sobre la procreación viene realizando cada vez más avances en este campo. El útero artificial ya es una realidad, como nos muestra una noticia divulgada recientemente, en la cual científicos norteamericanos desarrollaron el útero artificial a partir de una bolsa rellena con fluidos llamada “soporte extrauterino”, un experimento realizado con corderos prematuros. Estos avances introducen una ruptura en el papel “ser madre”, promoviendo desde la posibilidad del embarazo sin sexo, hasta la fecundación fuera del cuerpo. Henri Atlan, en su libro *Útero artificial*, parte de la tesis de que el avance científico en este campo provocará una redefinición del discurso sobre lo que es natural en el campo reproductivo. Según él: “la hipermedicalización de la procreación llegará a desbiologizar las relaciones de los padres entre ellos y con sus hijos”.

Si para Atlan es la ciencia que coloca en jaque el campo de lo natural de lo biológico, para el psicoanálisis lo que promueve esta sacudida es el misterio de la unión del cuerpo con la palabra, es el lenguaje incidiendo sobre el organismo que lo desnaturaliza y lo modifica. Siendo así, el psicoanálisis rompe con el determinismo de la biología: ser hombre, ser mujer, padre y madre, no son más que semblantes que se organizan en torno a modalidades de goce insertados en un discurso. ¿Cómo pensar la organización de las familias hoy cuando estos semblantes no están más organizados a partir de modelos familiares tradicionales? ¿Cómo pensar ser madre, el deseo materno, a partir de estos nuevos moldes que prescinden de la organización biológica del cuerpo?

Servirse del padre

Al reintroducir la consideración sobre el padre apostando a un deseo que no sea anónimo, el psicoanálisis se distancia del bloque cada vez mayor del pensamiento relativista

contemporáneo. No se debe, sin embargo, esperar que el nominalismo subyacente a esta filiación se convierta en un proceso incluso de reintroducción de la completud del gran Otro. El gran Otro que dice “yo te nombro” no existe.

El Otro falla al no poder nombrar el ser de goce del sujeto. Sin embargo, como la condición del sujeto (neurótico, psicótico) depende de lo que acontece en el gran Otro, es de ese gran Otro que el sujeto extraerá su propio nombre, dejando percibir la verdad del proceso de nominación: no es el padre el que nombra, sino el hijo el que obtiene su nombre al servirse del padre para constituir su *sinthoma*. Esta es una lectura posible del debate de Einstein sobre el hecho de que Dios juega o no juega a los dados, que es la propia contingencia de la nominación la que abole la necesidad divina. Así, ningún pánico cuando un bebé es generado de un donador de esperma anónimo, fruto del deseo de uno solo y no de dos. El propio lenguaje hace división del sujeto, separándolo de la condición de apéndice del cuerpo materno. Se puede rodear al nacimiento del niño de todas las precauciones posibles para garantizar la transmisión integral del nombre del padre, pero incluso así, la contingencia del *sinthoma* no será anulada para nada.

Aquellos que pretenden abolir la dimensión sintomática de la civilización no perciben que el síntoma, en última instancia, es la civilización. Hoy en día, son las técnicas científicas las que procuran garantizar esta transmisión. Pero no podemos olvidar que por más de veinte siglos la religión buscó medios de garantizar la transmisión ideal, de generación en generación. Esto nos permite renovar una pregunta que el psicoanálisis verifica caso por caso: ¿por qué es mejor apostar al padre?